

LOS CUENTISTAS

COMO SE ANDA
EL CAMINO

I
Augusto Renovales tenía treinta y cinco años. Aquella madrugada triste, después del fracaso de su obra, cuando aun resonaban en sus oídos las protestas del público y las amables ironías e hipócritas frases consoladoras de los amigos, pensó así:

—Soy un fracasado y estoy viejo. La vida es, para mí, demasiado dolorosa. No quiero vivir.

Paseaba acariciando una pistola, hundidas en los bolsillos de la americana las manos, aquella fina diestra que trazara en versos raros el poema incomparable de su vida angustiosa. Paseaba triste. Había salvado ya esa cumbre de los años en que no se advierte sino un largo camino árido y seco, que se inclina en rápido descenso hacia esa sima oscura de la vejez.

Se sentía prematuramente viejo, fracasado y enfermo. Evocaba los duros años de combate, la llegada del rincón natal, las primeras escaramuzas, los pequeños triunfos, las inquietudes, las horas amargas, los fugaces minutos de ventura. Se había creído con talento bastante para el éxito completo, sentía aún detrás de su frontal la inspirada llama y, sin embargo, estaba derrotado. Era el fracaso aquél un golpe definitivo en su carrera literaria; no quería, luchar más y se abandonaba al consuelo de una muerte instantánea, gracias al pequeño juguete de acero que resbalaba entre sus dedos.

Amanecía. El silbato de una locomotora le sacó de su amarga meditación, recordándole otros paisajes y otros tiempos. Pensó en su pueblo, en el lejano terruño de sus primeros años, y aquel recuerdo abrió un paréntesis en su propósito suicida. ¿Por qué no ver por última vez la casa natal, la ribera alegre donde soñó de niño y la alta montaña desde donde divisaba aquellos dorados horizontes tan bellos, que le fingían países de quimera en una lejanía nebulosa?

Rápidamente examinó sus bolsillos, hizo un recuento de su exíguo caudal y tomó el tren. Podía ir allá, vislumbrar por última vez los luminosos panoramas de su país y morir. Él, juez de sí mismo, que se había dictado la sentencia, se otorgaba aquella gracia postrema, que tenía un encanto amargo y profundo.

II

Llegó a su pueblo a media tarde. No tenía familia y pocos amigos le recordaban ya; pero no falta-

ron jóvenes que le acompañasen, zagales ingenuos que le miraban con asombro, recordando, como una evocación de leyenda,

fragmentos de la historia del luchador, que tuvo un día el valor de traspasar las sagradas fronteras de aquella aldea mienaria. Le miraban con asombro y con respeto. Informáronle de aquella romería de San Ignacio, el patrón, cuyo santuario, a una legua del pueblo, era costumbre visitar todos los años.

Efectivamente, la aldea, como en víspera de fiesta, estaba animadísima. Las muchachas y los jóvenes partían aquella tarde a la ermita y hacían noche allí, a campo raso, hasta el amanecer, para acompañar en procesión al santo a la aldea.

Era una alegría infantil y pura la de aquellas humildes gentes, que se sentían felices, poseídas de una fé ardiente, invocando al santo con veneración y dulzura, gozando del placer de una noche de estío en pleno campo y ante la perspectiva de un día de regocijo, libres de las penosas tareas cotidianas.

Augusto contempló la vida patriarcal de aquellos sencillos campesinos en cuyo seno se había criado, como una realidad fecunda a la que se despierta al término de una larga pesadilla. ¡Aquello era vivir sin fiebre y sin ambición! ¡Aquello era gozar de la vida! ¿Por qué no ir también a la romería de San Ignacio, como en los días remotos, cuando vivía su madre? Si su destino era morir, ¿qué mejor escenario que la planicie pintoresca y fecunda de la ermita, en la noche estival, bajo el parpadeo de los astros y en medio de aquella juventud pura y creyente?

Evocaba el paisaje verde bajo el santuario y el rumor de risas y conversaciones honestas de un amor idílico. Allí debía morir para ser enterrado en el campo santo del lugar, junto a los huesos de su madre.

III

Rehusó la compañía de aquellos jóvenes, porque deseaba ir solo, recordar en cada piedra del camino, en cada árbol y en cada fuente un episodio de su infancia; pero aceptó el ofrecimiento que le hicieron de una yegua fogosa y ligera.

En el momento de partir resonaba a su lado, sobre las piedras duras, el martilleo seco de unas muletas. Era el tío Tonio, viejo zapatero del lugar, que saludó a Renovales.

Fotografía obtenida exclusivamente para esta revista por el Operador fotógrafo señor Moreau en el aparato pilotado por el señor Boujassy (Prohibida la reproducción)

Albacete desde aeroplano

